

CIENCIA FICCION

Selección 30



En esta trigésima selección de los mejores relatos publicados por la prestigiosa revista estadounidense *Fantasy and Science Fiction* (considerada la primera del mundo en su género), se incluye la novela corta de Philip J. Farmer *Ábrete a mí, hermana mía*, auténtico clásico de la ciencia ficción sexológica.

Además, tres inquietantes relatos de otros tantos maestros del género —Brian Aldiss, Kingsley Amis y Poul Anderson—, en los que, aunque con temas y enfoques muy distintos, asistimos a una misma aventura: el enfrentamiento del hombre con lo inconcebible.

Contenido

Presentación: *Los alienígenas en la ciencia ficción*, Carlos Frabetti.

Ábrete a mí, hermana mía (Open to Me, My Sister), Philip J. Farmer, 1960.

Tres canciones para amantes enigmáticos (Three Songs for Enigmatic Lovers), Brian W. Aldiss, 1974.

Un trozo de noche (Night Piece), Poul Anderson, 1961.

Algo extraño (Something Strange), Kingsley Amis, 1961.

PRESENTACIÓN

Los alienígenas en la ciencia ficción

No hace falta señalar la importancia del tema —y el símbolo— del extraterrestre en la narrativa de ciencia ficción. La posibilidad de encontrarse con otras formas de vida inteligente constituye, aparte de su interés intrínseco, una fuente inagotable de parábolas y planteamientos especulativos de todo tipo. Y si en la ciencia ficción de menos calidad sirve para fomentar la xenofobia tan característica de nuestra belicosa sociedad (monstruosos invasores de ojos inyectados, fríos e implacables como máquinas), en la vertiente más seria del género constituye un excelente contrapunto para poner de relieve nuestras contradicciones, como ocurre en la novela corta que abre esta antología, auténtico clásico en su género; o un medio de impugnar el pretencioso y pueril antropocentrismo de nuestra cultura, y de recordarnos que el mito del hombre como «rey de la creación» es eso, un mito, ya que distamos mucho no sólo de dominar sino incluso de conocer y comprender lo que nos rodea.

Otras veces los extraterrestres sirven para introducir una dimensión estética o lúdica en la narración, como esos increíbles y diminutos seres del relato de Aldiss, que viajan en mariposas multicolores, pero no consienten que se les tome a broma.

Y en algunos casos, especialmente inquietantes, los «alienígenas» somos nosotros, los propios terrestres, tan ajenos unos a otros como si perteneciéramos a distintas galaxias.

Después de leer el relato de Kingsley Amis, que he dejado intencionadamente para el final, puede que la próxima vez que oiga decir que «los alienígenas están entre nosotros», en vez de sonreír con suficiencia sienta un escalofrío...

CARLO FRABETTI

ÁBRETE A MÍ, HERMANA MÍA

Philip José Farmer

Farmer es uno de los autores que empezó a introducir la temática sexual en la ciencia ficción, no como simple aditamento excitante, sino como objeto de especulación. Sus narraciones son bastante irregulares tanto en calidad literaria como en lo que a rigor especulativo se refiere, pero difícilmente carecen de interés. La siguiente novela corta es un pequeño clásico de la ciencia ficción sexológica, en la que no faltan, como es usual en el autor, las consideraciones éticas y religiosas.

Durante la sexta noche que pasó en Marte, Lane lloró. Gimoteó en voz alta, mientras las lágrimas bajaban por sus mejillas. Lanzó su puño derecho contra la palma de su mano izquierda, hasta que la carne le dolió. Aulló con la angustia de la soledad. Lanzó los más obscenos y terribles juramentos que conocía, y conocía muchos después de haberse pasado diez años en el Cuerpo Espacial de las Naciones Unidas.

Al cabo de un rato, dejó de llorar. Se secó los ojos, bebió un trago de whisky y se sintió mucho mejor.

No se sentía avergonzado por haber gimoteado como un niño. Más aún, una de las razones por las que fuera elegido para desembarcar en Marte fue precisamente su capacidad para llorar. Nadie le podía llamar débil o cobarde por eso. Un hombre con poco coraje nunca habría pasado toda la serie de pruebas por las que él había tenido que pasar en la escuela espacial de la Tierra, sin contar los numerosos lanzamientos hacia la Luna. Pero, aunque era hombre y viril, poseía una válvula de seguridad femenina. Podía disolver en lágrimas las piedras acumuladas por la tensión en su interior; él era como el junco que se dobla ante la fuerza del viento, y no como el roble que era finalmente derribado, dejando al descubierto sus raíces.

Ahora, el peso y el dolor sentidos en su pecho habían desaparecido, y sintiéndose casi de buen humor, emitió su informe periódico a través del transmisor, hacia la nave que giraba alrededor de Marte, a novecientos treinta kilómetros de altura. Después, hizo lo que todos los hombres tienen que hacer en cualquier parte del Universo donde se en-

cuentren. Más tarde, se tumbó en el camastro y abrió el único libro personal que se le había permitido llevar; era una antología de las mejores poesías del mundo.

Leyó aquí y allá, pasando páginas, deteniéndose únicamente ante una línea o dos, completando después en su mente las líneas mil veces murmuradas. Leyó aquí y allá, como una abeja que va probando lo mejor del néctar...

*Es la voz de mi amada que llama, diciendo:
Ábrete a mí, hermana mía, mi amor, mi paloma inmaculada...*

*Tenemos una pequeña hermana,
que no tenía pechos.
¿Qué haremos por nuestra hermana,
el día en que sea llamada?...*

*Sí, aunque ando por el valle de la sombra de la muerte,
no temeré ningún mal, porque tú estás conmigo...*

*Ven, vive conmigo y por mi amor,
y probaremos todos los placeres...*

*No tenemos poder para amar ni para odiar,
porque la voluntad se ve superada por el destino...
Conversando contigo me olvido del tiempo,
todas las estaciones y sus cambios parecen ser iguales...*

Siguió leyendo sobre el amor, el hombre y la mujer, hasta que casi se olvidó de todos sus problemas. Sus párpados se cerraron; el libro se deslizó de entre sus manos. Pero se elevó, saltó del camastro, se puso de rodillas y rogó ser perdonado y comprendido por su blasfemia y desesperación. Y rogó para que sus cuatro camaradas perdidos fueran encontrados sanos y salvos. Después, volvió a acostarse en el camastro y se quedó dormido.

Al amanecer, se despertó de mala gana ante el sonido del despertador. A pesar de todo, no volvió a quedarse durmiendo, sino que se levantó, puso en marcha el transmisor, llenó un vaso de agua y café instantáneo y echó en él una píldora de calorías. Apenas acababa de terminar su café, cuando escuchó la voz del capitán Stroyansky en el transmisor-receptor. Stroyansky hablaba con un ligero acento eslavo.

—¿Cardigan Lane? ¿Estás despierto?

—Más o menos. ¿Qué tal están ustedes?

—Si no estuviéramos preocupados por ustedes, ahí abajo, estaríamos perfectamente.

—Lo sé. Bien, ¿cuáles son las órdenes?

—Sólo hay una cosa que hacer, Lane. Tienes que salir a buscar a los demás. De otro modo, no podrás volver hasta nosotros. Se necesitan por lo menos otros dos hombres para pilotar el cohete.

—Teóricamente, un hombre puede pilotar esa bestia —dijo Lane—. Pero es inseguro. Sin embargo, eso no importa. Salgo inmediatamente para buscar a los otros. Lo haría así aunque me ordenaras lo contrario.

Stroyansky lanzó una ligera risa. Después ladró como una foca.

—El éxito de la operación es mucho más importante que el destino de cuatro hombres. Pero si yo estuviera en tu lugar, y me alegro de no estarlo, haría lo mismo. Así es que buena suerte, Lane.

—Gracias —dijo Lane—. Necesitaré algo más que suerte. También necesitaré la ayuda de Dios. Supongo que Él también está aquí, aun cuando este sitio parezca haber sido olvidado por Dios.

Se quedó mirando apreciativamente a través de las dobles paredes de plástico de la cúpula.

—El viento está soplando a unos cuarenta kilómetros por hora —dijo—. El polvo está cubriendo las huellas del tractor. Tengo que marcharme antes que las cubra por com-

pleto. Mis suministros están perfectamente empacados. Dispongo de comida suficiente, aire y agua para sostenerme seis días. Es un paquete bastante grande; los tanques de aire y la tienda abultan mucho. Todo pesa más de cincuenta kilos de la Tierra, pero aquí sólo pesa unos veinte. También me llevo una cuerda, un cuchillo, una piqueta, una pistola de señales con media docena de proyectiles, y un *walkie-talkie*.

»Tardaré unos dos días en recorrer los casi cincuenta kilómetros que me separan del lugar desde donde se recibió la última información. Otros dos días para echar un vistazo por el lugar. Y dos días más para regresar.

—¡Regresarás en cinco días! —espetó Stroyansky—. ¡Eso es una orden! No debes tardar más de un día en echar un vistazo por el lugar. No corras riesgos. ¡Cinco días! ¡De otro modo, te llevaré ante una corte marcial, Lane! —y después, con un tono de voz algo más suave, añadió—: Buena suerte, y si hay un Dios, que te ayude.

Lane trató de pensar en algo que decir, algo que estuviera en la línea del *Doctor Livingstone, supongo*, pero todo lo que pudo decir fue:

—Que así sea.

Veinte minutos más tarde, cerró tras él la puerta que daba entrada a la cámara de presión de la cúpula. Se ajustó las correas de la enorme mochila y comenzó a caminar. Pero cuando se encontraba a unos cincuenta metros de la base, sintió el impulso de volverse para echar un vistazo más a lo que quizá no volviera a ver jamás. Allí, sobre la llanura de roca rojo-amarillenta, se encontraba la cúpula presurizada. Aquel lugar tenía que haber sido el hogar de los cinco hombres durante un año. Cerca se encontraba el planeador en el que habían bajado, con sus enormes alas extendidas y sus patines de aterrizaje cubiertos por aquel polvo que siempre estaba volando a impulsos del viento.

Justo frente a él estaba el cohete, sostenido sobre sus aletas de cola, con la cabeza dirigida hacia el cielo azul-ne-

gro, reluciente bajo el sol de Marte, brillando con una promesa de potencia, de escape de Marte y de regreso a la nave orbital. Había bajado a la superficie de Marte sostenido sobre el lomo del planeador, en un aterrizaje llevado a cabo a una velocidad de ciento noventa kilómetros por hora. Después de haber desembarcado los dos tractores de seis toneladas, lo habían bajado del planeador y lo habían montado sobre sus aletas de cola con la ayuda de los cabrestantes de los propios tractores. Ahora, también le esperaba a él y a los otros cuatro hombres.

—Volveré —dijo, dirigiéndose al cohete—. Y si tengo que hacerlo, te manejaré yo solo.

Empezó a andar, siguiendo las dobles y anchas rodadas del tractor. Las huellas eran débiles, pues fueron hechas hacía ya dos días y el polvo de silicato lanzado por el viento casi las había cubierto por completo. Las huellas dejadas por el primer tractor, que se marchó hacía tres días, ya estaban completamente ocultas.

Las huellas se alejaban hacia el noroeste. Abandonaban la amplia llanura de cuatro kilómetros y medio, situada entre dos colinas de rocas desnudas y penetraban en un corredor de unos cuatrocientos metros de anchura, situado entre dos filas de vegetación, que se extendían rectas y paralelas de un horizonte a otro en una extensión de varios kilómetros por delante y por detrás de él. Una persona que volara por encima de ellas, podría ver que había numerosas líneas iguales que se extendían paralelamente. A los observadores de la nave espacial, los cientos de corredores existentes parecían como una línea sólida. Esa línea era uno de los llamados canales marcianos.

Lane, en el suelo y cerca de una de las hileras, la veía tal y como era en realidad. Su base estaba formada por un tubo sin fin, de casi un metro de altura, la mayor parte de cuya masa se encontraba enterrada, como un iceberg. Las partes curvadas laterales estaban cubiertas por los liquenoides azul-verdosos que crecían en todas las rocas o protube-

rancias. Desde la columna del tubo, y separados a intervalos regulares, crecían los troncos de las plantas. Estos troncos eran como brillantes pilares de color azul-verdoso, de unos sesenta centímetros de grueso y unos dos metros de altura. De su parte superior brotaban en forma radial numerosas ramas del grosor de un lápiz, como si fueran los dedos de un murciélago. Entre los dedos se extendía una membrana azul-verdosa que formaba la única y tremenda hoja del árbol paraguas.

Cuando Lane los vio por primera vez en el momento en que el planeador pasó rápidamente sobre ellos, pensó que tenían el aspecto de un ejército de manos gigantes extendidas hacia arriba para captar los rayos del sol. Eran plantas gigantes, porque cada una de las hojas medía algo más de treinta metros de una parte a otra. Y eran como manos..., manos dispuestas a inclinarse para captar los escasos rayos del sol. Durante el día, las varillas situadas en el lugar más cercano a donde se movía el sol, se bajaban hacia el suelo, mientras que las varillas más alejadas se elevaban. Evidentemente, esta lenta maniobra que duraba todo el día tenía por objeto exponer toda la zona de la membrana a la luz, sin permitir que un solo centímetro quedara en la sombra.

Se esperaba encontrar allí formas extrañas de vida vegetal. Pero no se esperaba hallar vida animal, especialmente porque las formas vegetales eran tan grandes que cubrían una octava parte de la superficie del planeta.

Estas estructuras eran los tubos de los que surgían los troncos de los árboles paraguas. Lane había tratado de taladrar la envoltura exterior del tubo, tan dura como una roca, hasta el punto que se estropeó un taladro, a pesar de lo cual sólo consiguió arrancar un pequeño trozo. Por el momento, se contentó con aquello y se llevó el trozo a la cúpula para examinarlo con el microscopio. Tras una primera mirada de asombro, lanzó un silbido. Introducidas en la masa, similar al cemento, había células vegetales, algunas de

las cuales estaban parcialmente destruidas, aunque otras permanecían enteras.

Las otras pruebas realizadas le demostraron que la sustancia estaba compuesta de celulosa, un material similar al lignito, varios ácidos nucleicos y otros materiales desconocidos.

Informó a la nave orbital sobre su descubrimiento y también sobre sus conjeturas. Alguna forma de vida animal, en algún momento, había masticado y digerido parcialmente la madera, regurgitándola después en forma de cemento, sobre el que después se habían formado los tubos.

Al día siguiente quiso regresar al tubo para abrir un agujero en él mediante una pequeña carga explosiva. Pero dos de los hombres del equipo salieron en un tractor para realizar una exploración. Lane, cumpliendo con su tarea de operador de radio durante aquel día, tuvo que permanecer en el interior de la cúpula. Tenía que mantener el contacto con los dos hombres, que debían informarle a intervalos de quince minutos.

Hacía unas dos horas que se había alejado el tractor, por lo que debía hallarse a unos cincuenta kilómetros de distancia, cuando se interrumpió el contacto. Dos horas después, el otro tractor, llevando a otros dos hombres, siguió las huellas del primero. Se había alejado unos cincuenta kilómetros de la base, y mantenía un contacto permanente con Lane.

—Hay un pequeño obstáculo delante de nosotros —dijo Greenberg—. Se trata de un tubo que surge en ángulo recto del tubo junto al que hemos estado avanzando en sentido paralelo. De éste no crece ninguna planta. No se ve ninguna elevación ni tampoco ninguna protuberancia al otro lado. Lo atravesaremos fácilmente.

Después sonó un grito.

Y eso fue todo.

Ahora, al día siguiente, Lane había iniciado la caminata, siguiendo las huellas que empezaban a desvanecerse. De-

trás de él quedaba el campamento base, cerca del cruce de los dos canales conocidos como Avernus y Tártarus. Se encontraba entre dos de las hileras de vegetación que formaban el canal Tártarus, y viajaba hacia el noroeste, hacia el Sirenum Mare, el llamado mar Sirena. Suponía que el mar en cuestión sería un grupo mucho más amplio de tubos portadores de árboles.

Avanzó continuamente mientras el sol se elevaba cada vez más alto y el aire se iba calentando. Hacía tiempo que había apagado su calentador del traje. Era verano y estaba cerca del ecuador.

Pero al anochecer, cuando la temperatura descendió casi hasta el punto de congelación, Lane ya se encontraba en el interior de su tienda. La tienda parecía un capullo en forma de salchicha, y no era mayor que su propio cuerpo. Estaba inflada, de modo que podía quitarse el casco y respirar mientras se calentaba con el calentador operado por baterías y comía y bebía. La tienda también era muy flexible; cambiaba su forma de capullo a otra en forma de triángulo, mientras Lane permanecía sentado en una silla plegable de la que colgaba una bolsa de plástico en la que él hacía lo que todo ser humano tiene que hacer, a pesar de lo desagradable que fuera.

Durante el día, no se veía obligado a penetrar en la tienda para hacer estas necesidades. Su traje estaba ingeniosamente diseñado de modo que pudiera dejar al descubierto la parte posterior y exponer al exterior la zona necesaria sin necesidad de perder aire o presión en el resto del traje. Desde luego, no se pensó nunca en exponerse al frío brutal de la noche marciana. Una exposición de sesenta segundos durante la noche era suficiente para producir una severa congelación en la parte expuesta.

Lane estuvo durmiendo hasta una media hora después del amanecer; comió, desinfló la tienda, la plegó, la colocó en su funda, la metió después en la mochila, junto con la batería, el calentador, la caja de alimentos y la silla plega-

ble; arrojó la bolsa de plástico, se sujetó la mochila a los hombros y comenzó a caminar.

Al mediodía, las huellas de los tractores desaparecieron por completo. Pero eso no importaba mucho, porque los vehículos sólo podían haber seguido una ruta: el corredor existente entre los tubos y los árboles.

Ahora vio lo que le habían descrito sus compañeros. Los árboles de su derecha empezaron a parecer muertos. Los troncos y las hojas tenían un color marrón y las varillas estaban inclinadas.

Empezó a andar con mayor rapidez, mientras su corazón latía con violencia. Transcurrió una hora y la línea de árboles muertos seguía extendiéndose ante su vista.

—Tendría que haber sido por aquí —se dijo a sí mismo en voz alta.

Entonces se detuvo. Delante de él había un obstáculo. Era el tubo del que le había hablado Greenberg, el que corría en ángulo recto hacia los otros dos y se les unía.

Lane lo miró y creyó escuchar de nuevo el grito desesperado de Greenberg. Aquel pensamiento pareció como si hiciera girar una válvula en su interior, dejando fluir la inmensa presión de la soledad, que había conseguido contener hasta entonces. El azul-negro del cielo se convirtió en la negrura e infinitud del propio espacio, y él no era más que una pequeña mota de carne en una inmensidad tan grande como la zona continental de la Tierra, una mota que no sabía nada de aquel mundo, como tampoco lo sabía un niño recién nacido en el suyo.

Pequeño y desamparado como un niño...

—No —murmuró para sí mismo—, no soy un niño. Pequeño, sí. Desamparado, no. Niño, no. Yo soy un hombre, un hombre, un terrestre...

Un terrestre: Cardigan Lane. Ciudadano de los Estados Unidos. Nacido en Hawaii, el estado cincuenta. De antepasados alemanes, holandeses, chinos, japoneses, negros, cheroquis, polinesios, portugueses, ruso-judíos, irlandeses,